

Los eternos toltecas: Historia y verdad durante la transición del periodo Azteca al periodo Colonial en Tula, Hidalgo

Shannon Dugan Iverson¹
Rice University

(Artículo traducido por la Mtra. Nelly Zoé Núñez Rendón y la Dra. Kristin S. Sullivan.
Originalmente publicado en el Journal of Archaeological Method and Theory,
doi:10.1007/s10816-017-9316-4)

Resumen Tula, Hidalgo, fue una importante ciudad del periodo Posclásico Temprano que dominó gran parte del centro de México así como las regiones adyacentes al norte y oeste. Durante muchas décadas, se pensaba que Tula era la ciudad que los documentos coloniales tempranos llamaron Tollan, “el lugar donde abundan los tules”. Está claro que los aztecas, quienes fundaron un imperio posterior que dominó un área mucho más grande, veneraban a Tollan y se ligaron con los toltecas y su ciudad de diversas formas. Investigaciones recientes han cuestionado si Tula de verdad fuera el Tollan que los aztecas veneraban; sino más bien, Tollan pudo haber sido un concepto que se refería a todas las grandes civilizaciones que precedieron a los aztecas. Estas dos perspectivas, las cuales enmarcan el “debate sobre un único Tollan o los múltiples Tollans”, tienen importantes consecuencias para comprender el periodo Posclásico Temprano así como el concepto de poder durante la época colonial. Para entender las relaciones de los aztecas con el pasado y las consecuencias de esas relaciones durante la Colonia, es importante dejar de lado la búsqueda de la verdad. En lugar de esto, me concentro en las narrativas históricas y los *efectos* sociales, materiales y biológicos que produjeron, incluyendo las intervenciones en Tula durante los periodos Azteca Temprano y Tardío. Los datos de Jorge Acosta proporcionan evidencia de un ritual de terminación durante el periodo Azteca Temprano y una ceremonia del Fuego Nuevo durante el periodo Azteca Tardío que marcó el comienzo de un nuevo auge poblacional en Tula. A su vez, estas conexiones permitieron el ascenso sin precedentes de la familia Moctezuma durante el periodo Colonial. Esta evidencia forma parte de un argumento más amplio donde las dos posturas del debate sobre Tula no son mutuamente excluyentes. Más bien, ambas forman parte de los intentos de controlar, reivindicar y reverenciar el pasado en los campos de poder intrínsecamente inestables que caracterizaron los periodos Posclásico Tardío y Colonial Temprano en el centro de México.

Palabras Clave Memoria, Aztecas, Tula, Ritual de Terminación, Ceremonia del Fuego Nuevo

Introducción

Tula, Hidalgo (Figuras 1 y 2), fue una ciudad del periodo Posclásico Temprano que floreció entre el 900 y 1150 d.C. Durante su apogeo, la extensión urbana de Tula medía aproximadamente 16 km² (Healan 2012:100) con una población urbana de quizás 60.000 personas (Healan y Stoutamire, 1989:235). El asentamiento rural de Tula se extendió aproximadamente 13.000 km² al norte y al oeste, con un radio de influencia aún mayor que iba más allá de esa región (Healan 2012:93-94). Se suponía que Tula era Tollan, una ciudad que posteriormente la civilización azteca¹ y sus descendientes coloniales enfatizaron en sus documentos. Las élites aztecas se identificaron con los habitantes de Tollan, los toltecas, de diferentes maneras: celebraron las obras toltecas mediante poemas, canciones e historias, sus emperadores se casaron con mujeres provenientes de Tula, copiaron el arte y la arquitectura de Tula y excavaron las reliquias de la ciudad (Brinton 1969, Chipman 2005, Davies 1977, 1980, Umberger 1987).

Los documentos coloniales dejan en claro que los toltecas proporcionaron un modelo de civilización—arte, lenguaje, tiempo, mito, militarismo y gobierno—al emergente Estado azteca (p.ej., Berdan 2014:36, Chipman 2005, Smith, 2008). Los aztecas atribuyeron a los toltecas el descubrimiento de la medicina, el sistema calendárico y el “verdadero lenguaje” del náhuatl (Sahagún et al., 1961). Los logros toltecas en la civilización significaban “todo lo bueno, todo lo perfecto, todo lo maravilloso, todo lo sorprendente” (Sahagún, 1961, Libro X:166). En la descripción de los toltecas que hace Sahagún, la civilización de Tollan era una sinécdoque para todas las grandes ciudades del periodo Posclásico Temprano así como un lugar histórico en particular: “Y éstos, los rastros de los toltecas, sus pirámides, sus montículos, etc., no solo aparecen allí en los lugares llamados Tula [y] Xicocotitlán, sino que prácticamente en todas partes se encuentran enterrados...” (Sahagún et al., 1961). A pesar de esta veneración (o más bien como consecuencia de ella, como postularé), los registros arqueológicos muestran que la cerámica azteca apareció en Tula durante el periodo Posclásico Medio (1150 a 1350 d.C.) y se encuentra asociada con la destrucción de varios edificios antiguos y valioso arte monumental tolteca. En un periodo

¹ En este artículo utilizo el término “azteca” para dos propósitos: para referir a un grupo de personas y para indicar tipos particulares de cultura material (principalmente la cerámica tipo negro-sobre-anaranjado) que a su vez definen dos periodos de tiempo en la Cuenca de México. Cuando se utiliza para referirse a la gente, el término azteca es polémico porque es una palabra moderna etic (Nichols y Rodríguez-Alegría 2017). En este caso, sigo a Elizabeth Boone (2000:11) en el uso del término azteca para referirme a “los pueblos del habla náhuatl del centro de México que compartían un sistema político, religión e iconografía en común”. También adopto el término “mexica” para referirme específicamente a los habitantes de Tenochtitlán (Boone 2000:11). Mexica es un término emic y es anterior al establecimiento del Imperio azteca.

La cultura material azteca, que en este artículo se refiere principalmente a la cerámica producida en la Cuenca de México, se correlaciona parcialmente con las personas a las que llamo azteca, aunque fue utilizada por un grupo aún más diverso de personas. La cerámica azteca, particularmente del tipo distintivo negro-sobre-anaranjado, se concentra en la Cuenca de México. En las fases posteriores, la cerámica Azteca III tipo negro-sobre-anaranjado (fechado entre 1350 y 1520 d.C.) también aparece como cerámica de importación en distantes ciudades-estado a cientos de kilómetros de Tenochtitlán, pero continuaron produciéndola en la Cuenca (Smith 1990). La cerámica azteca es indicativa de la importancia del intercambio en vez del control imperial (Smith 1990:163-164). La división cronológica común entre el periodo Azteca Temprano (Azteca I / II, 1100-1350 d.C.) y el periodo Azteca Tardío (Azteca III / IV, 1350 d.C. al siglo XVI) corresponde aproximadamente con los periodos anterior y posterior a la fundación de Tenochtitlán en las fuentes etnohistóricas, respectivamente (Minc 2017).

posterior, el pueblo azteca se estableció en Tula en gran cantidad, construyendo sus propios edificios encima de las ruinas de las construcciones antiguas. En el periodo Colonial, estas relaciones permitieron a los nobles aztecas recibir una encomienda en la región de Tula, que finalmente les permitió catapultarse al poder en el sistema colonial español.

Sin embargo, la identificación de Tula como Tollan ha sido cuestionada continuamente, en parte porque los datos arqueológicos y textuales se han utilizado para reforzar una versión de la historia en lugar de cuestionar la narración (Gillespie 2007). De varias maneras, los restos arqueológicos de Tula no coinciden con la grandeza que se les atribuye en los documentos coloniales. Por ejemplo, aunque Tula fue la ciudad más importante del centro de México durante el periodo Posclásico Temprano, es enana en comparación con su antecesora, la gigantesca ciudad de Teotihuacán, y su sucesora, Tenochtitlán, la capital del Imperio azteca; ambas tenían poblaciones de por lo menos 100.000 personas. Además, Tula se construyó principalmente de adobe, un material de no tan larga duración, por lo que no dejó ruinas impresionantes (Healan 2012). Estas inconsistencias han llevado a muchos estudiosos a afirmar que los relatos aztecas sobre Tollan (como Tula) eran “erróneos o muy exagerados. Sería absurdo hoy considerar a los toltecas como los inventores del calendario y los diversos artes y artesanías de Mesoamérica, ya que ahora sabemos que estos rasgos se originaron varios milenios antes de los toltecas” (Smith, 2008:85, véase también Davies 1977:44-45).

La identificación de Tula también es problemática debido a las confusiones que rodean a los términos utilizados para describir a Tollan y sus habitantes. Por ejemplo, “tolteca” es una palabra náhuatl que significa tanto “maestro artesano” como “habitante de Tula, Hidalgo”. Tula es una corrupción de la palabra “Tollan”, un término náhuatl que se refiere en un sentido específico a Tula, Hidalgo (Helean, 1989:3). Sin embargo, Tollan también tiene un significado más general, “el lugar donde abundan los tules”, lo cual se refiere en un sentido metafórico a todas las grandes ciudades (Carrasco 1982:64-65, Smith, 2008:24). La confusión también rodea a la leyenda contada en asociación con Tollan. Esta historia hace referencia a un gobernante-sacerdote llamado Topiltzin Ce-Acatl Quetzalcóatl (o alguna combinación de esos nombres), quien fue tanto el fundador de Tollan como su gobernante en el momento de su colapso, dependiendo de la fuente (Davies 1977:372-373). La historia de este hombre-dios y la legendaria ciudad se encuentra en 75 fuentes, de acuerdo con H.B. Nicholson (2001), y se enseñaba en los calmecacs del Imperio azteca (Carrasco 1982:76-77). Así como los otros conceptos relacionados con Tollan, las narraciones sobre Topiltzin apuntan a múltiples significados e interpretaciones. En varias versiones de la historia, Topiltzin es un sacerdote virtuoso quien es engañado por el dios Tezcatlipoca para beber pulque, una bebida alcohólica (p.ej., Tena, trans., 2011:43). Esto lo deshonorra y lo hace caer en desgracia con su pueblo, forzándolo a abandonar a Tollan (Diehl 1983:159, Nicholson 2001). En otra fuente, Tezcatlipoca informa a Topiltzin que debe abandonar a Tollan para ir a Tlapalla en Honduras (Nicholson 2001:6). En la mayoría de las versiones de esta historia, Topiltzin gobierna al principio o al final del reinado de Tollan y el dios Tezcatlipoca interviene para expulsar a Topiltzin de la ciudad (Davies 1977:372-373).

Tres fuentes de confusión envuelven al protagonista del cuento de Tollan: la primera, el gobernante sacerdotal Topiltzin está conectado a (y un poco mezclado con) un dios mesoamericano conocido como Ehécatl Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, el dios creador y el dios del viento. La segunda fuente de confusión es que el cuento es relatado de muchas maneras diferentes, dando como resultado un patrón en el que muchas fuentes

parecen referirse a la patria de la figura de Topiltzin como Tula, Hidalgo, pero otras fuentes son más vagas. La eventual migración de Topiltzin también ha llevado a algunos estudiosos a suponer que los toltecas emigraron desde el centro de México para invadir y conquistar a partes de la región maya (tema que exploraré con más detalle en la siguiente sección). Finalmente, así como con los otros términos asociados con Tollan, Topiltzin y el apéndice Quetzalcóatl probablemente llegó a significar “gobernante” en un sentido genérico en lugar de referirse a una persona específica (Davies 1977:23).

Los múltiples significados y asociaciones entre los diversos conceptos relacionados con Tollan identificados anteriormente han sido la fuente de mucha confusión. Los eruditos han vacilado entre una visión que posiciona a Tula, Hidalgo, como *el Tollan* (la perspectiva del único Tollan) y una visión que entiende que muchas grandes ciudades del pasado azteca pudieron ser Tollans (la perspectiva de múltiples Tollans). En el centro de este debate están las preguntas que, si se les pudiera contestar, iluminarían muchos aspectos del pasado mesoamericano. Por ejemplo, ¿cómo entendieron e interactuaron los aztecas con su pasado, y fue más parecido al concepto actual de la “historia” o al de la “memoria”? ¿Son los documentos coloniales tempranos que describen a Tollan como demasiado “fragmentario, propagandístico y mítico” útiles para hacer una historia empírica (Smith 2007:589-590)? ¿Es la asociación de Tollan con Tula, Hidalgo, un “mito arqueológico” (Gillespie 2007)? ¿Pueden estos relatos ser utilizados para entender la naturaleza de las relaciones confusas entre las ciudades-estado durante el periodo Posclásico Temprano poco entendido? A continuación, planteo que un marco teórico que enfatiza a las narrativas y los efectos históricos particulares más que la verdad histórica puede construir un camino para una nueva interpretación en las relaciones de los aztecas con sus predecesores toltecas.

La historia y la memoria

Las cuestiones historiográficas antes mencionadas no son exclusivas del caso Tollan. Preguntas similares rodean al uso de historias populares, historias orales y otras formas de recuerdo colectivo. Frente a las formas de historicismo que no siempre se parecen a las metodologías conocidas de la producción histórica occidental, los arqueólogos utilizaron el concepto de memoria social para interpretar cómo las sociedades pasadas concibieron a su propio pasado. La memoria social es un concepto tomado de historiadores, particularmente de la Escuela de los Annales de Francia. El término apareció por primera vez en las obras del historiador Marc Bloch y del sociólogo francés Maurice Halbwachs, aunque no ganó fuerza hasta los años setenta (Lavabre 2008:364, Olick y Robbins 1998a, b:106). Dentro del campo de la historia, la memoria se define como una forma popular de recuerdo colectivo en contraste con la forma oficial, empírica o académica de la historia. Como tal, la memoria depende de ejes de identidad, pertenencia a grupos, religión y otras afiliaciones (Van Dyke y Alcock 2003:2). Es popular y populista (Nora 1989, Samuel 1994); viene “desde abajo” orgánicamente o a través de la interacción dialéctica con, o mediante, el cuestionamiento de las historias oficiales (Nora 1989, Samuel 1994:3-8); puede manipularse para legitimar a la autoridad (Hobsbawm y Ranger 1983, Van Dyke y Alcock 2003:3); o puede manifestarse como una fuerza en crecimiento para recordar traumas colectivos frente a un olvido sancionado por el Estado (por ejemplo, los recuerdos colectivos de los sobrevivientes del Holocausto o los familiares de los desaparecidos en Argentina, véase Alexander et al., 2004). Sin embargo, el concepto de la memoria social es tan diverso y se superpone con la

historia “oficial” a tal grado que “... las concepciones compartidas que presiden sobre el uso del concepto difícilmente pueden resistir la complejidad y heterogeneidad del fenómeno llamado por consenso ‘memoria’”(Lavabre 2008:363).

Los arqueólogos definen a la memoria social incluso más ampliamente que los historiadores como “la construcción de una noción colectiva (no una creencia individual) acerca de cómo eran las cosas en el pasado“ (Van Dyke y Alcock 2003:2). Esta definición amplia agrega otra capa de complejidad a la relación entre la historia y la memoria, ya que en su uso arqueológico el término memoria se aplica a los estados (como el Imperio azteca) que, sin duda, creaban y mantenían historias “oficiales”. La aplicación arqueológica del término también sufre dificultades conceptuales adicionales porque no está claro cuándo la memoria termina y comienza la historia. Por ejemplo, si los relatos hiperbólicos de los conquistadores y sacerdotes españoles cuentan como historia, ¿por qué no incluir también los hiperbólicos pero cuidadosamente documentados relatos en náhuatl del periodo Colonial? ¿La historia oficial imperialista pre-colombina se convierte en memoria una vez que los aztecas son conquistados por los ejércitos europeos?

En ambas disciplinas el único hilo que atraviesa los campos profundamente heterogéneos de la memoria social es su oposición negativa a la historia: la memoria es una práctica de relacionarse con el pasado realizada por personas quienes no son historiadores, usando fuentes y métodos que no son comunes en la práctica histórica y creando productos históricos que no son libros de historia. Si bien estas polaridades son tipos ideales que representan algunas realidades sociales y aunque el distinguir a la memoria social de la historia ha sido enormemente productivo, el tema general de la memoria social como no-historia es problemático. Primero, esta división subestima el papel de los no-historiadores en la creación de ambas y el campo de preguntas donde la historia sirve para responder (la episteme), mientras que simultáneamente sobrevalora el papel de los historiadores tradicionales (Trouillot 1995:20, Samuel 1994:3-8). En segundo lugar, la división simplifica la dinámica de poder inherente a la producción de la historia: si la historia es el campo para un acercamiento científico al pasado y la memoria es simplemente una categoría general que abarca todo lo que no lo es, esto dificulta el entendimiento de formas similares de producción de la verdad que operan en las dos; peor aún, la dicotomía ratifica las diferencias. Por último, la división se basa en un supuesto implícito de que hay una verdad sólida que puede ser descubierta, si solo pudiéramos ponernos de acuerdo sobre los métodos apropiados y las fuentes (la historia) o si solo nos tomamos en serio nuestro colectivo y menos oficial forma de recordar el pasado (la memoria).²

En respuesta a este tipo de preguntas sobre la verdad histórica, el antropólogo Michel-Rolph Trouillot advierte que las historias oficiales empíricas occidentales no tienen un único reclamo a la verdad, ya que todas las colectividades sociales “imponen una prueba de credibilidad porque les importa *a ellos* si los hechos sean verdaderos o falsos” (Trouillot 1995:11, con énfasis en el original). La tesis de Trouillot es que la atención crítica al proceso de producción de la verdad histórica (fuentes, archivos, narrativas, significación retrospectiva) sirve para iluminar el poder desigual que entra en cada una de estas etapas, los silencios que estos producen y sus consecuencias en el presente (Trouillot 1995:26-30). En este artículo, utilizo el término de Trouillot (1995) “producción histórica” para connotar tanto la memoria como la historia. Michel Foucault también insistió en que la verdad es

² Véase Trouillot (1995) para un argumento similar en relación con el constructivismo y relativismo histórico.

menos importante que entender los *efectos* del proceso histórico: “...el problema no consiste en trazar una línea que, en un discurso, [distingue entre] lo que cae en la categoría de científicidad o verdad y lo que cae en otra categoría; sino que consiste en ver históricamente cómo se producen los efectos de la verdad en discursos que, en sí mismos, no son ni verdaderos ni falsos” (Foucault 1994:119). Aunque ninguno de estos estudiosos discutió extensamente la memoria social, sus observaciones con respecto a la historia y la verdad tienen consecuencias importantes para la división entre la historia y la memoria. Tanto la historia como las afirmaciones de la memoria sobre la verdad dependen de contextos de poder. Para el presente caso, argumentaré que importa menos si la producción histórica azteca (y el caso Tollan en particular) fue empíricamente “verdadera”. Más bien, es importante identificar las maneras en que la verdad de la narrativa de Tollan se transformó en el tiempo junto con la creciente poder político de los aztecas. Dentro de esas constelaciones de poder, la narración produjo efectos concretos (sociales, materiales, biológicos y discursivos) que pueden ser investigados empíricamente.

En las siguientes secciones, apoyaré a la investigación reciente que demuestra que la perspectiva de múltiples Tollans es exacta en términos de una historia pan-mesoamericana compartida. Sin embargo, los mexicas asociaron la amplia historia de Tollan particularmente con Tula por propósitos históricos, políticos y de legitimación específicos en una serie de movimientos calculados que crearon un único Tollan. A su vez, mostraré que este Tollan localizado y único permitió las reivindicaciones de las élites a tierras dentro del sistema colonial español. En otras palabras, en cada etapa del proceso histórico (los periodos Posclásico Temprano, Azteca Temprano, Azteca Tardío y Colonial), podemos observar las maneras en que el pasado fue altamente filtrado para satisfacer las necesidades de varias facciones. En cada época, las narrativas históricas fueron disputadas, promulgadas y solidificadas, creando efectos materiales reales que impactaron a las generaciones futuras. El hecho de que estas historias tuvieran que ser recreadas usando tantos métodos rituales habla de la inestabilidad de las narrativas históricas imperialistas, así como del papel crucial del pasado en la creación del Imperio azteca.

El argumento para múltiples Tollans

La narrativa de Tollan se refiere principalmente a dos periodos de la historia: el establecimiento de un Tollan “primordial” en el pasado profundo que se asocia generalmente con el ascenso de Teotihuacán (200 a 600 d.C.) y un Tollan más reciente que está asociado con las grandes ciudades del periodo Posclásico Temprano (hacia 900 a 1150 d.C.). Antes de las técnicas de datación moderna, muchos etnógrafos y arqueólogos asumieron que Teotihuacán, la imponente ciudad de la era clásica en el centro de México, era el Tollan al que se referían los aztecas. Teotihuacán, el “lugar donde nacen los dioses”, era, y sigue siendo, ampliamente reconocido como un Tollan “primordial” (Boone 2000, Carrasco, 1982:109, 186, Davies 1977:43-47, cf. Fash et al. 2009)—el lugar de origen de la arte, escritura y otros logros impresionantes. Sin embargo, muchas de las fuentes que se refieren a “Tollan” hablan de una ciudad que floreció durante el periodo Posclásico Temprano (Davies 1977:23, Jiménez Moreno 1941, Kirchhof et al., 1989). Además, Teotihuacán carece de la evidencia lingüística toponímica para vincularlo con el Tollan histórico de los documentos coloniales.

Recientemente, David Stuart (2000) ha reunido evidencias jeroglíficas, históricas y

arqueológicas, demostrando que Teotihuacán se conocía como Tollan en la región maya durante el periodo Clásico con base en evidencia epigráfica que indica que conquistó varias ciudades-estado mayas importantes. Teotihuacán, un lugar histórico real con una influencia interregional extensa, eventualmente adquirió una calidad mítica para el posterior Imperio azteca. Ya sea porque los aztecas no podían imaginar que una ciudad tan grande fuera obra de los humanos históricos en lugar de los dioses (Pasztory 1997), o porque los objetivos religiosos-políticos de las élites requerían a un Tollan menos remoto temporalmente, por el siglo XVI la realidad histórica de Teotihuacán había sido reemplazada con una connotación “primordial” como “el lugar donde nacen los dioses” que se hace evidente en la etimología de la palabra náhuatl (Carrasco 1982:109). Sin embargo, los estudiosos han reconocido continuamente su lugar central como el Gran o Primer Tollan incluso antes de la innovadora obra epigráfica de David Stuart (2000) (p.ej., Carrasco 1982:126, véase también Davies 1977:43 sobre Laurette Séjourné). Los mexicas también reconocieron su importancia, tomando artefactos de la ciudad y colocándolos en Tenochtitlán, y haciendo peregrinaciones a la ciudad (Berdan 2014:35, Fash et al., 2009).

Además de Teotihuacán, hay varias otras ciudades del centro de México que se conocían como Tollans. Tollan-Chollolan, la ciudad que hoy se conoce como Cholula en el estado de Puebla, es un importante ejemplo del periodo Posclásico Tardío. La *Historia Tolteca-Chichimeca*, escrita entre 1547 y 1560 d.C., cuenta que el sacerdote-rey tolteca-chichimeca visitó a Tollan-Chollolan en el siglo XII, tras el colapso de Tollan. Finalmente emigró allí y convenció a sus súbditos de hacer lo mismo (Carrasco 1982:135, Davies 1977:31-32, Kirchof et al., 1989). Cabe mencionar que en la *Historia Tolteca-Chichimeca*, Tollan es tanto un lugar de origen (*la Gran Tollan*) como un destino final (*Tollan-Chollolan*). A diferencia de los aztecas o los toltecas de Tula, cuyos imperios se basaron en el militarismo, la atracción de Cholula fue la administración del Templo de Quetzalcóatl, el templo más grande de Mesoamérica y su importante estatus como el principal centro comercial interregional, además nunca fue conquistado por Teotihuacán o Tenochtitlán (Carrasco 1982:135, McCafferty 2000:358, 2007:454).

Otros importantes Tollans potenciales incluyen la capital epiclásica periférica de Xochicalco en Morelos y la ciudad maya posclásica de Chichén Itzá en Yucatán (Carrasco 1982:126-133, 140-144). Los debates sobre la relación entre Chichén Itzá y Tula, Hidalgo, surgieron desde la década de 1870 (Gillespie 2007:92-93). Las fuentes mayas coloniales como el *Popol Vuh*, los *Anales de los Cakchiqueles*, el *Título de los Señores de Totonicapan*, el *Chilam Balam* y el *Título C'oyoi* hacen referencia al lugar de origen de los itzá llamado Tollan Zuiva o Civan (Davies 1977:35-40). Por mucho tiempo, los investigadores han notado las similitudes entre las narrativas mayas coloniales de la colonización por los itzá y las similitudes entre los sitios arqueológicos de Chichén Itzá y Tula, Hidalgo. Esto, en combinación con los relatos del centro de México del exilio de Topiltzin al este convenció a muchos estudiosos de que los toltecas del centro de México habían conquistado a la región maya durante el periodo Posclásico. Por otra parte, el arte y la arquitectura “superior” de Chichén Itzá convencieron a varios otros investigadores que la influencia fue al revés (Davies [1977:48] lo llama el caso “estético” contra Tula). Sin embargo, algunas interpretaciones recientes (Kowalski y Kristan-Graham 2007) generalmente rechazan la idea de influencia unidireccional o “colonización”, prefiriendo un modelo de interacción interregional en el cual el intercambio, los sistemas políticos innovadores y el simbolismo compartido juegan un papel crucial (Kristan-Graham y Kowalski 2007:66, véase también López Austin y López Luján 2000, McCafferty 2007).

Por ahora, debe ser evidente que habían múltiples Tollans incluso sin la vasta evidencia arqueológica e histórica del arte que también podría ser incluido para reforzar el punto. La opinión consensual sobre los Tollans del periodo Posclásico Temprano apunta a una diversa red de interacción político-religiosa de élites de múltiples sitios durante esa época (Kowalski y Kristan-Graham 2007, López Austin y López Luján 2000). Sin embargo, en lo subsecuente, sostengo que ambos puntos de vista no excluyen una visión que enfatiza a Tula, Hidalgo, como un único Tollan.

Evidencia documental para un único Tollan

A diferencia del Tollan primordial, el Tollan histórico se llama a menudo Tollan Xicocotitlan en documentos históricos. Wigberto Jiménez Moreno fue el primero en identificar a Tollan Xicocotitlan como Tula con base en la etimología de la palabra “Tollan” y varios topónimos que coincidían con los topónimos cercanos a Tula que fueron identificados en un mapa del siglo XVIII de la región (Jiménez Moreno, 1941:80). Estas identificaciones se basaron principalmente en el *Códice Florentino* de Fray Bernardino de Sahagún (Libros III y X), los *Anales de Cuauhtitlán* y la *Historia de los Mexicanos por sus pinturas* (Davies 1977:40-41, Jiménez Moreno, 1941), recuentos coloniales muy tempranos de la historia del centro de México³ (Nicholson 2001:5, 23-25). “Xicocotitlan” significa “junto al Xicococ”, lo cual Jiménez Moreno identificó como la montaña llamada Jicuco o Xicuco cerca de la Tula moderna (Davies 1977:40, Jiménez Moreno, 1941:80). Otros topónimos identificados con el Tollan histórico que han sido referenciados con los nombres de lugares existentes o históricos en las cercanías de Tula, Hidalgo, incluyen Xiippacoyan (actualmente San Lorenzo), Texcalapan (el río Tula), Xochitlán, Cincoc (un cerro al norte de Tula) y Huapalcalli, Tlemaco (actualmente Tlamaco, cerca del sur de Tula) (Davies 1977:41). Además de la investigación realizada por Jiménez Moreno y los primeros lingüistas, Nigel Davies añade información histórica de historias dinásticas y religiosas. Por ejemplo, la *Monarquía Indiana* (Tomo II) de Fray Juan de Torquemada se refiere al Templo de Quetzalcóatl en Tula; Fray Diego Durán señala que los primeros regalos de Cortés a Moctezuma fueron enviados a Tula para ser enterrados en el mismo templo (Davies 1977:41-42). Durán (1971:61) también describe a Tula como la ciudad en la que vivió el sacerdote Topiltzin. Otras fuentes apuntan también a una ubicación física para Tollan: Motolinía (1985:105) se refiere a los viajes de los nahuas a “...Tollan, a doce leguas de [la Ciudad de] México hacia el Norte”, una distancia que se puede traducir aproximadamente a 66 km. Davies (1977:42) cita también los lazos dinásticos entre los gobernantes aztecas y la nobleza tolteca, utilizando la *Crónica Mexicayotl* como evidencia de la creencia azteca en un Tollan histórico basado en Tula. Un estudio posterior reveló los vínculos dinásticos aztecas y coloniales con Tula a mayor detalle y será analizado más adelante en este artículo (Chipman 2005).

Las historias de migración también enfatizan a un Tollan real e histórico en Tula. De acuerdo con sus propias historias migratorias, los primeros mexicas—un grupo emergente con altas aspiraciones políticas—se originaron en una ciudad semi-mítica

³ El *Códice Florentino*, los *Anales de Cuauhtitlán* y la *Historia de los Mexicanos por sus pinturas* fueron originalmente encargados y compilados poco después de la conquista (Nicholson 2001:xxix-L). Posteriormente, los relatos fueron objeto de varias revisiones; por ejemplo, la compilación y organización del *Códice Florentino* fue la obra de vida de Sahagún (Ricard 1966:39-45).

llamada Aztlán.⁴ Salieron de esa ciudad en algún momento del siglo XII en busca de una señal divina que indicaría la ubicación en la que deberían fundar su propia ciudad (Davies 1980:8). En 1325 d.C., cuando vieron la señal—un águila descansando sobre un cactus sosteniendo una serpiente en su boca—construyeron su capital Tenochtitlán en la Cuenca de México (Berdan 2014:40, Clendinnen 1991:23). Sin embargo, en el camino, se detuvieron en varias ciudades. Según el relato, llegaron a Tula alrededor de un ciclo calendario (52 años) después de partir de Aztlán, colocándolos allí aproximadamente en 1163 d.C. (Davies 1980:8,12, véase también Chipman 2005:7, Boone 1999:138⁵). Aunque los gobernantes y sacerdotes aztecas también harían peregrinajes a otro Tollan, la ciudad aún más antigua de Teotihuacán, Tula fue el único Tollan que visitaron durante su migración. En el momento en que los mexicas comenzaron su viaje en el periodo Posclásico Temprano, Tula fue la ciudad más importante de la región cercana a la Cuenca de México.

Al igual que otros documentos mesoamericanos, las diversas versiones de la historia de la migración incorporan mito, hecho, historia y una amplia memoria social mesoamericana. Sin embargo, la parte más importante de la historia no es lo que realmente sucedió. Más bien, lo que es crucial es cómo el relato, contado de manera muy similar en una variedad de versiones diferentes, estructura un tipo particular de discurso y un cuerpo de evidencia material que apoya a la autoconcepción de los mexicas como herederos legítimos del legado tolteca. En la siguiente sección propongo que parte del rito de paso de los mexicas incluyó un ritual de terminación que sirvió para desconsagrar a Tula.

Tula en el periodo Azteca Temprano

Entre 1940 y 1956, el arqueólogo Jorge Acosta (1941-57) excavó la mayoría de Tula Grande, el centro ceremonial de Tula durante la fase Tollan. Creía firmemente que los primeros mexicas habían invadido y conquistado a los toltecas, lo cual él pensaba había ocasionado la caída de Tula (Acosta 1940:187, 1942:155, 1956b-57:75). Encontró evidencia de intervenciones aztecas en cada edificio que excavó en Tula Grande, así como en todos los lugares que excavó en la periferia de la ciudad (Acosta 1940-57). Acosta (1956b:92-93) expresó su confusión de que las mismas personas que habían invadido, saqueado y destruido a Tula también dejaron impresionantes ofrendas de objetos preciosos en los edificios que habían arruinado. Estas intervenciones formaron un patrón que inicialmente le pareció extraño, pero que por su novena temporada de excavación, reconoció que eran ubicuas (Acosta 1957:145). Investigadores posteriores también se verían sorprendidos por la actitud “curiosamente ambivalente” evidenciada por lo que parecía ser la “reutilización de edificios y saqueo generalizado” de los mexicas (Davies 1987:28, Diehl 1983:27).

Acosta basó sus interpretaciones en parte en documentos etnohistóricos y en parte en los marcadores arqueológicos del periodo Azteca Temprano (Tabla 1), principalmente la cerámica Azteca II tipo negro-sobre-anaranjado que se datan entre 1150 y 1350 d.C. (Brumfiel 2005:117, Minc 2017). La cerámica Azteca tipo negro-sobre-anaranjado (I, II, III y IV) sigue formando la principal tipología cronométrica para investigar las ocupaciones de los periodos Azteca Temprano y Tardío en Tula y la Cuenca de México (Mastache et al.,

⁴ Puede ser un lugar mítico, o incluso puede ser Tenochtitlán mismo: véase Boone (1999:144).

⁵ Boone (1999) no presenta una fecha, pero señala que Tollan tiene importancia en las descripciones textuales de la migración.

2002, Minc 2017). En Tula hay otras lozas cerámicas de la Cuenca, incluyendo cerámica loza roja y tipo Chalco-Cholula polícromo, pero es mucho menos clara en términos de motivos, variaciones regionales y utilidad cronométrica (Minc 2017, Parsons 1966). La cerámica Azteca I está ausente en mi propia muestra (Tabla 2) y en anteriores estudios de superficie de Tula (Healan y Stoutamire 1989:Figura 2). El proyecto que dirijo y los de otros investigadores encontraron cerámica de la fase Coyotlatelco que puede coincidir con cerámica Azteca I, aunque la datación absoluta sugiere que estos comenzaron el siglo VII y X, respectivamente (Parsons et al., 1996:227). En Tula, la cerámica de la fase Coyotlatelco está asociada con las fases Prado y Corral, o pre-Tollan, (Healan y Stoutamire 1989:209), por lo que no las he incluido en este estudio. El otro tipo de cerámica azteca temprana, la Azteca II, viene en dos estilos, caligráfico y geométrico, los cuales fueron producidos en Culhuacán y Texcoco, respectivamente (Minc 2017, Brumfiel 2005). La cerámica Azteca II predomina en las regiones al norte de la Cuenca (Minc 2017). La cerámica Azteca III fue producida en la Cuenca y aparece como una importación en ciudades a cientos de kilómetros de Tenochtitlán (Smith 1990). La cerámica azteca tiene una pasta anaranjada clara y las vasijas son delgadas, características que muestran “poca o ninguna continuidad” con la cerámica producida en Tula durante la ocupación tolteca (Healan 2012:94); es probable que la cerámica azteca fuera importada a Tula, pero esto tendrá que ser probado en el futuro mediante el análisis de la composición química de los fragmentos y fuentes locales de arcilla. La cerámica y otros datos sugieren que “incluso en aquellas localidades donde la ocupación de la fase post-Tollan es evidente, es limitada en escala y muestra una ruptura clara con la ocupación anterior. La fase Fuego parece representar un tiempo de desaparición, destrucción y despoblamiento en Tula” (Healan 2012:94). La combinación de evidencia arqueológica del casi abandono y la repentina aparición de cerámica foránea de la Cuenca además de los datos etnohistóricos que vinculan a los primeros mexicas con Tula sugieren que los mexicas mismos u otro grupo de la Cuenca de México tenían algo que ver con las actividades destructivas.

En Tula, la cerámica Azteca II solo se ha encontrado en cantidades significativas en el centro ceremonial de la fase Tollan, conocido como Tula Grande (Healan 2012). La investigación temprana de Acosta postuló una importante ocupación azteca en Tula durante el periodo Azteca Temprano. Sin embargo, he demostrado (Iverson 2015) que debido a que Acosta trabajaba antes de mejoras significativas a la tipología de la cerámica azteca (p.ej., Parsons 1966, Minc 1994) y porque la mayoría de sus excavaciones tuvieron lugar en Tula Grande, probablemente sobreestimó la cantidad de cerámica Azteca II presente en Tula. Además, investigaciones posteriores, incluyendo mis excavaciones en la capilla colonial y la catedral de Tula en el 2013 (Iverson 2015) apoyan a las observaciones de otros investigadores (Healan y Stoutamire 1989) quienes argumentan que la cerámica Azteca II es efímera en Tula. En mis excavaciones, la cerámica Azteca II comprende solo el 1.33% del total de la cerámica azteca tipo negro-sobre-anaranjado utilizando el método más conservador (Tabla 2). Un estudio de superficie a largo plazo descubrió que la cerámica azteca tipo negro-sobre-anaranjado componía solo el 3% de la cerámica azteca en Tula, comparado con el 31% para la cerámica Azteca III (Healan y Stoutamire 1989:208).

Por lo tanto, la ocupación del periodo Azteca Temprano en Tula es bastante efímera. Sin embargo, las investigaciones modernas confirman la idea de Acosta que varias actividades destructivas en Tula Grande estuvieron asociadas con el periodo Azteca Temprano (fase Fuego). Estas actividades incluyeron la quema del Edificio 3, también conocido como el Palacio Quemado. Después de las excavaciones de Acosta, este episodio

de incendio fue examinado mediante análisis de radiocarbono (C14), lo cual proporcionó fechas que se agrupan alrededor del año 1140 d.C. (Healan 2012:96). Acosta (1945:Figura 3) también señaló que “grandes cantidades” de cerámica Azteca II se asociaron con el desmantelamiento de la Pirámide B y la remoción y “entierro” de las esculturas del guerrero Atlante. Acosta (1956b:84,1956a) también encontró evidencia de varias esculturas de chac mool que habían sido “decapitadas” y desmembradas en la antigüedad. Acosta (1956a:159) señaló que la decapitación de los chac mools pudo haber ocurrido porque habían sido arrojados de edificios altos, pero no encontró las cabezas asociadas.

Sin embargo, es posible que Tula Grande se quemara mucho después del colapso de la civilización tolteca y el abandono de Tula Grande (Healan 2012:96-97). Basado en un estudio estratigráfico, Sterpone (2009) sugirió que el Edificio 3 se incendió después de que sus esculturas monumentales fueron removidas. Así, cada vez más parece dudoso que los pueblos del periodo Azteca Temprano se superponían en absoluto con la civilización tolteca y mucho menos los conquistaron. Esta posibilidad, junto con la naturaleza efímera de la ocupación y los restos de la fase Azteca II requieren una explicación más allá de la guerra o la invasión.

Los patrones arqueológicos de otras regiones de Mesoamérica pueden ofrecer una pista. Travis Stanton y sus colegas (2008) han argumentado que si bien las personas de todo el mundo participan en la destrucción material relacionada con la guerra (“saqueo”), este comportamiento fue altamente ritualizado en la región maya. Esto se debía a que en las sociedades mesoamericanas los edificios podían ser animados a través de rituales de consagración. Estos incluyen actos tales como la colocación de personas importantes fallecidas dentro del edificio o la colocación de objetos especiales en lugares estratégicos del edificio (Stanton et al., 2008:236-237). Por lo tanto, cuando ocurrió la guerra, los vencedores no destruyeron aleatoriamente las ciudades vencidas; en cambio, emprendieron actos rituales específicos con el fin de “inedicar” o desconsagrarlos. Según Stanton et al. (2008:237), estas actividades fueron “cuidadosamente ejecutadas para que los lazos del perdedor con el poder y la legitimación ancestral fueran desmantelados al matar sus casas y templos vivos”. Los rituales de terminación usualmente involucraban deposiciones rápidas de grandes cantidades de cerámica rota intencionalmente (una “ofrenda terminal”), la quema intensiva y el desmantelamiento de edificios (Stanton et al., 2008:237-238); estos mismos patrones destructivos ocurrieron durante el periodo Azteca Temprano en Tula. Además, en el mundo azteca, estatuas monumentales de piedra eran ixiptlas u objetos que “permitían que los dioses se manifestaran”; las esculturas de piedra tenían poderes significativos y podían ser animadas y presumiblemente también desanimadas (Clendinnen 1991). Del mismo modo, en la región maya en tiempos modernos y antiguos, “los productos de fabricación humana, tales como templos, casas, altares e incensarios, también requerían alimento, estímulo, protección y trato respetuoso, pero primero debían estar animados o infundidos de vida” (Stross 1998:31).

Las prácticas de destrucción deliberadas y ritualizadas parecen ser un fenómeno pan-mesoamericano, tanto en el espacio como en el tiempo. Por ejemplo, Chris Pool y sus colegas hallaron evidencia de la mutilación epi-olmeca de estelas olmecas mucho más tempranas (periodo Formativo Medio) en Tres Zapotes; la Estela A era una piedra tallada de 5 m de altura que representaba a un gobernante; durante el periodo Epi-Olmeca, el rostro del gobernante había sido golpeado, agrietado deliberadamente o después de una caída, y luego “colocado” bajo miles de pedazos de obsidiana (Pool y Laughlin 2017). La Estela F, (un objeto antiguo) del mismo sitio olmeca, presenta una mutilación facial similar (Pool y

Laughlin 2017). Más al sur y en un tiempo posterior, antiguos objetos de jade fueron quemados y ritualmente aplastados antes de ser arrojados al cenote de Chichén Itzá (Joyce 2003:117). Aún más al sur en el área maya, hay evidencia de que los pendientes de jade del periodo Clásico Temprano que eran reliquias de familia fueron deliberadamente desmembradas en Costa Rica (Joyce 2003:119-120).

La pregunta de si los primeros mexicas ocasionaron la caída de Tula ha entrado en duda. Sin embargo, lo que parece estar claro basado en los datos de Acosta y las investigaciones modernas, es que ellos—o la gente de la Cuenca que finalmente conquistaron—probablemente visitaron a Tula. Además, este acontecimiento se produjo alrededor del tiempo que las historias coloniales dicen que lo hicieron (en el siglo XII) y la ocupación parece ser tan efímera como cabría esperar de una población que simplemente se detuvo en Tula en lugar de asentarse allí. Con base en la investigación comparativa, interpreto a estas actividades como asociadas con procesos que fueron ligados con rituales de terminación cuidadosamente planeados. A lo largo de Tula Grande, Acosta encontró cerámica del periodo Azteca Temprano asociada con contextos destruidos, tales como edificios desmantelados, episodios de incendios y estatuas monumentales “desmembradas” y “enterrados” de guerreros y chac mools reclinados, así como esculturas de piedra casi de tamaño natural que se popularizaron durante el periodo Posclásico Temprano (Acosta 1941:61). Si los mexicas realmente destruyeron a sus predecesores, es evidente que Tula—la ciudad más poderosa e influyente del centro de México en ese momento—tenía que ser simbólicamente “asesinada” antes de que pudieran comenzar su ascenso. Es importante señalar que estos procesos eran políticos, pero no simplemente: se apoyaban en una ontología religiosa panregional en la que los edificios podían estar imbuidos de un poder sobrenatural.

Elizabeth Boone (1999:148) ha interpretado la historia migratoria de los mexicas como un rito de paso destinado a “separar a los mexicas de su anterior condición [nómada], dotarlos de la aptitud espiritual y mental para gobernar y devolverlos así cambiados al mundo en Tenochtitlán”. Aunque Boone argumenta que se trata de una actuación metafórica ceremonial, sugiero que al menos una parte de este desempeño—es decir, la desconsagración de Tula—literalmente se realizó. Este acto fue llevado a cabo por los propios mexicas o por otros pueblos de la Cuenca cuya versión de la historia posteriormente fue apropiada por los aztecas como suya. No podemos saber si este acto fue una conmemoración (una memoria), una manipulación (una historia inventada) o ambas cosas. Tampoco podemos saber con certeza si la historia migratoria es verdadera. Sin embargo, lo que podemos saber es que la desconsagración constituyó el primer *efecto* arqueológicamente visible de la producción histórica de los mexicas (o en la Cuenca) en Tula. Con esta primera acción, ya podemos ver la narrativa de Tollan—un fenómeno pan-mesoamericano—como enfocada en un solo lugar del paisaje. Materialmente y discursivamente, podemos ver a Tollan convirtiéndose en Tula, si esto fuera empíricamente cierto o no. Más tarde este efecto se repitió en otras formas materiales cuando los mexicas comenzaron su ascenso al poder.

Entre la migración y el imperio

Aunque los mexicas solo estuvieron en Tula durante un corto tiempo, se basaron en su breve visita para conectarse a la civilización que los había precedido de muchas maneras

mientras convertían su incipiente ciudad en el imperio más poderoso de Mesoamérica. Los aztecas consideraban a los toltecas (tanto en el sentido general como en el específico) como los progenitores de la sociedad “civilizada”, y sus conexiones con los toltecas proporcionaron la mitad del patrimonio que ellos reclamaban (la otra mitad era “barbarismo” o nomadismo belicoso, atribuido a un grupo conocido como los chichimecas). Como resultado, cuando fundaron Tenochtitlán, los nobles y los urbanistas buscaron asociar su propia ciudad con la de sus predecesores, particularmente emulando el arte de los toltecas de Tula. Elementos arquitectónicos aztecas como el tzompantli tienen orígenes en Tula (Cobean, Jiménez García, y Mastache 2012:103). En el Templo Mayor las bancas con murales y decoración en relieve representando procesiones de guerreros son copias de elementos que adornan el centro ceremonial de Tula (Umberger 1987:74). Las plataformas de Tenochtitlán son notables porque copiaron el estilo básico, materiales y ejecución de los originales toltecas, a pesar de los significativos avances en la escultura de piedra durante la época azteca (Molina Montes 1987:103). Más generalmente, la repetición de motivos de jaguares, águilas y serpientes emplumadas formó un lenguaje simbólico similar en ambas ciudades. La figura reclinada del *chac mool*, la cual se popularizó durante el apogeo de Tula, se duplicó en una de las primeras fases de construcción del Templo Mayor en la capital azteca.⁶ En el Museo de Antropología de México se encuentran versiones más pequeñas de las icónicas estatuas de los guerreros atlantes de Tula (Umberger 1987:75). La inspiración para este arte seguramente vino directamente de las excavaciones de los aztecas en Tula. Las excavaciones recientes cerca del Templo Mayor descubrieron otra escultura de *chac mool*, muy parecida al estilo tolteca y encontrada sin cabeza, como los ejemplares en Tula mencionados anteriormente (López Luján y López Austin 2009:401). Michael Smith considera que los planes de la ciudad de varios sitios aztecas en Morelos son copias del diseño y lógica espacial de Tula (Smith, 2008:85-89, 128). Los elementos del espacio sagrado en el Templo Mayor, en particular el Templo de los Águilas con sus vestíbulos con columnas y los frisos en sus plataformas, son ideadas en el espacio de Tula (López Luján 2006:265, Molina Montes 1987:102).

Los aztecas de Tenochtitlán—los *tenochca mexicana*—no fueron la única sociedad que se apropió del pasado tolteca en Tula. Tlaxcala, una ciudad-estado que nunca fue conquistada por la Triple Alianza y cuyos guerreros fueron fundamentales en la conquista española por ayudar a Cortés, también afirmó tener vínculos con Tula. Una de las esculturas de uno de sus dioses patronos estaba cubierta por una máscara de Tula. Dos esculturas toltecas originales también fueron descubiertas en Tlaxcala; además, los tlaxcaltecas también reprodujeron figuras de *chac mool* (Umberger 1987:75). Tlatelolco, el rival formal de Tenochtitlán y posteriormente un aliado, también saqueó una estatua del dios Tlacahuepan de Tula, según las fuentes escritas (Umberger 1987:75). Umberger (1987:75) señala que “no se mencionan prácticas similares en otras ciudades, como Culhuacán, durante el periodo intermedio entre los toltecas y los *mexicas*”. Como menciono a continuación, la dinastía tolteca de Tula aparentemente perseveró en Culhuacán, y por lo tanto, sería lógico que incorporaran símbolos toltecas; sin embargo, no lo hicieron. En su lugar, fueron los aztecas de Tenochtitlán y sus rivales y afiliados étnicos (los *mexicas*) en Tlaxcala quienes se apropiaron de estos símbolos.

Los *mexicas* también se asociaron con Tula usando un distintivo patrón de diamante

⁶ El *chac mool* que adorna la mitad Tlaloc de la segunda fase del Templo Mayor fue colocado allí durante los reinados de Acamapichtli, Huitlhuilitl y Chimalpopoca, justo antes de la consolidación de la Triple Alianza.

y punto azul para las capas reales, un motivo que estaba asociado con los emperadores toltecas (Figura 4).⁷ El privilegio de llevar la insignia real de inspiración tolteca solo se concedía a los gobernantes de ciudades independientes (Aguilera 1997:6, véase también Olko 2005:225-229). Patricia Anawalt (1990:297) señala que en el *Códice de Mendoza*, un extenso documento sobre la vida prehispánica, el primer rey azteca en usar esta vestimenta en particular fue Izcóatl, quien reinó en el momento de la formación del Imperio azteca. Aún más revelador, los registros de tributo muestran que la tela para estas prendas reales vino como tributo de las regiones que se superponían geográficamente con dos reinos tempranos (Acolhua del siglo XIII y Tepanec del siglo XIV) que reclamaban descendencia directa de los linajes toltecas (Anawalt 1990:294).

La tela era solo una forma más de efectuar reivindicaciones materiales de descendencia directa y, por lo tanto, la legitimidad del pasado. Las historias lineales que registraron los linajes dinásticos fueron otra forma de probar las conexiones con los toltecas. Los matrimonios de élites, que eran comúnmente polígamos, permitían reivindicaciones de hegemonía; un hijo producto del matrimonio entre el emperador y la princesa de una ciudad conquistada se convertiría en el próximo gobernante de la ciudad de su madre (Carrasco 1997:89-90). El matrimonio también sirvió para formar vínculos reales —es decir, biológicos— con el Imperio tolteca, así como vínculos manufacturados que fortalecieron la legitimidad de sus ambiciones imperiales y las conectaron con un pasado mítico (Gillespie, 1989). El primer rey mexica de Tenochtitlán, Acamapichtli, fue “reclutado” del linaje dinástico tolteca que había sobrevivido en la ciudad-estado de Culhuacán (Chipman 2005:40). El matrimonio incestuoso de este gobernante fue concebido para mantener exclusivamente sangre tolteca en la nobleza azteca (Gillespie 1989). La línea dinástica en Tula fue reinstalada durante la época de la consolidación del Imperio azteca: un miembro de la dinastía en Tenochtitlán (un nieto de Acamapichtli) se casó con una princesa tolteca y comenzó a gobernar allí (Chipman 2005:82, Davies 1987:28, Davies 1980:42, Gillespie 1989:194), y varios emperadores posteriores se casaron con princesas toltecas de la ciudad de Tula (Chipman 2005:40, 82). Significativamente, esto quiere decir que no era suficiente para los reyes casarse con mujeres que venían de dinastías antiguas, sino que el linaje también debía estar ligado geográficamente con mujeres que habían sido criadas en la misma ciudad. Moctezuma II, el emperador durante la época de la conquista española, se casó con Miahuaxochitl, una princesa de la familia gobernante de Tula (Chipman 2005:82).

Durante esta era, las élites aztecas reivindicaban una historia mesoamericana más amplia localizándola y adoptando el arte, tela y linajes dinásticos de un Tollan particular. Estos actos sirvieron para silenciar una verdad más amplia—es decir, la historia más amplia de múltiples Tollans—y también apaciguaron demandas competitivas al legado tolteca. En los sitios de Morelos (Smith 2008) y en los artefactos de Tlaxcala (Umberger 1987), se han conservado signos limitados de las reivindicaciones de los toltecas que atestiguan una memoria más amplia y competitiva de los toltecas de Tula. Sin embargo, lo importante no es cuál grupo era correcto o incorrecto, sino que podemos ver las formas en que las estrategias materiales y biológicas permitieron y reforzaron una narrativa histórica particular. Los mexicas estaban ascendiendo en la Cuenca y sus lazos manufacturados con

⁷ Hay una cierta discusión sobre la naturaleza exacta de esta ropa real; se ha argumentado que la prenda se hizo de una matriz de hilo atado con incrustaciones de piedra turquesa (Aguilera 1997) en lugar de una prenda de algodón teñida de forma más sencilla como sugiere Anawalt (1990). Sin embargo, todas las fuentes coinciden en que una capa similar llevada por la nobleza tolteca fue la inspiración para la prenda real.

los toltecas se elaboraban en equipo con su creciente poder regional. Al mismo tiempo, las reivindicaciones competitivas a la historia fueron apaciguadas y una narrativa que enfatizó a Tula como *el Tollan* a la casi exclusión de otros se hizo mucho más concreta. En la etapa precolombina final, después de la consolidación del Imperio azteca, este patrón se repetiría de una manera más extrema, ya que los aztecas regresaron a Tula para consagrarla como su propia ciudad.

Tula y la consolidación del Imperio azteca

Hasta ahora he argumentado que las primeras intervenciones mexicas en Tula estaban diseñadas para “terminar” ritualmente con la ciudad para que los mexicas pudieran ascenderse, pero que continuaron usando el patrimonio cultural de Tula y sus objetos como fuentes de poder mientras ganaban dominio en la Cuenca. Después de la formación de la Triple Alianza, los mexicas eran tan poderosos que su influencia se extendió por todo el centro de México. Así tuvieron la oportunidad de comenzar un nuevo capítulo de el linaje dinástico, el cual ahora podría ser restablecido en su fuente original, Tula.

En las excavaciones 1992-1993 en la Estructura K, el equipo del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH) descubrió un edificio residencial del periodo Colonial Temprano. Este edificio había sido reconstruido o remodelado varias veces; también hubo evidencia de una estructura del periodo Azteca Tardío debajo de ello (Figuroa Silva 1994:12-23). Javier Figuroa Silva (1994:13, 27) supuso que había servido de residencia doméstica y taller textil con base en las cantidades de malacates (se encontraron al menos 41 ejemplares) y agujas. En sus excavaciones en el Vestíbulo 1 del Edificio 3, Acosta (1956b:95) encontró otra estructura azteca, descrita como una plataforma que se elevó 1,1 m sobre el piso tolteca. Esto también se asoció principalmente con cerámica Azteca III y IV, así como con artefactos fascinantes como una maqueta de un templo azteca (modelo a escala en barro) y un cuauhxicalli del periodo Azteca, un receptáculo para los corazones humanos sacrificados (Figura 5). El piso y los cimientos de una pared de otra estructura azteca cubría la mitad del Vestíbulo 2 del mismo edificio (Acosta 1957:146, 168).

Una construcción final, un altar pequeño que se agregó a la Pirámide C después de su destrucción, proporciona pistas significativas con respecto a las intervenciones del periodo Azteca Tardío en el sitio. La pirámide, que sirvió como templo durante la era tolteca (Cobean et al. 2012:64), parece haber sido muy importante para las élites aztecas. Además del pequeño altar, dejaron varias ofrendas de artefactos preciosos en los escombros del edificio (Acosta 1946-50, 1957). Sobre el altar de este edificio, Acosta (1956b:107-112) encontró lo que él interpretó como evidencia de una ceremonia azteca del Fuego Nuevo: grandes cantidades de vasos rotos intencionalmente, particularmente braseros. Según Acosta (1956b:107-112), los artefactos cerámicos asociados a este evento eran del tipo Azteca III (periodo Azteca Tardío). También encontró una cabeza que alguna vez había pertenecido a una figura *chac mool*.

La ceremonia del Fuego Nuevo fue un ritual de renovación que se celebraba cada 52 años, cuando coincidía el calendario secular con el ritual (Elson y Smith 2001:157). Los aztecas creían que el mundo terminaría en la culminación de un ciclo de 52 años y esta ceremonia celebró la renovación del mundo (Elson y Smith 2001:58). Sin embargo, el comienzo de un nuevo ciclo no estaba garantizado: dependía de la acción humana

correctamente aplicada para asegurar la perpetuación del mundo (Clendinnen 1991:236). Muchos estudiosos mesoamericanos señalan el papel de esta ceremonia para reforzar la naturaleza cíclica de las concepciones aztecas del tiempo, pero Elson y Smith (2001:158) y Elizabeth Boone (2000:62) también han enfatizado la importancia de los ciclos del calendario para el tiempo *lineal*; eran críticos para el seguimiento de la historia de las ciudades y las dinastías. Por último, y lo que es importante para esta interpretación, las ceremonias del Fuego Nuevo están asociadas con la fundación de nuevas políticas (Elson y Smith 2001:170, Fash et al. 2009).

A pesar de que no tenemos información detallada sobre esta ceremonia o sus contextos en Tula, las descripciones de Acosta encajan con muchos de los criterios de Elson y Smith (2001:159) para las expectativas de una ceremonia del Fuego Nuevo: el conjunto de artefactos estaba compuesto de grandes cantidades de objetos (principalmente braseros, pero también incensarios, tazas para pulque, quemadores de incienso y morteros) que parecían ser intencionalmente rotos. Eran reconstruibles; reveladoramente, algunas de las vasijas rotas podrían haber conformado parte de las piezas rotas de las ofrendas de la época azteca en la Pirámide C (Acosta 1956b:114 y abajo). Además, a juzgar por las descripciones de Acosta (1956b:114), las piezas parecían pertenecer a un único depósito. La ceremonia del Fuego Nuevo se realizó en todos los niveles de la sociedad, desde las élites hasta los hogares plebeyos (Elson y Smith 2001:158-159). Dado el contexto de este ritual particular en el centro ceremonial de una ciudad reverenciada por los aztecas, se esperaría que los objetos rotos tuvieran más probabilidades de pertenecer a la cultura y práctica ritual de las élites. Esto puede explicar las altas cantidades de braseros, incensarios y quemadores de incienso que Acosta anotó en el depósito. Finalmente, dado que muchos de los *chac mools* excavados por Acosta (1956a) fueron encontrados sin cabeza, la presencia de la cabeza de un *chac mool* en este depósito es también importante. Es muy posible que, si bien la decapitación de los *chac mools* toltecas sirvió como parte de una ceremonia de terminación, las cabezas posteriormente formaron parte de un ritual que efectuó la renovación del tiempo, la conmemoración de la historia y el comienzo de una nueva ocupación de la ciudad antigua.

Cerámica del periodo Azteca Tardío también está asociada con lo que yo interpreto como la “reanimación” o consagración de la Pirámide C. Junto con un nuevo altar de la época azteca en la pirámide, la consagración consistió en al menos tres ofrendas en la cara norte del edificio y dos en su vertiente sur (Acosta 1956b:49, 84-86, Acosta 1957:145). Como se observó, algunos tiestos de la cerámica asociada con estas ofrendas podrían encajar con tiestos de cerámica del depósito de la ceremonia del Fuego Nuevo; por lo tanto, se asocian mejor con la ocupación del periodo Azteca Tardío. Estos incluían cuchillos de obsidiana, braseros y figurillas de periodos anteriores, cientos de cuentas de jade y una escultura azteca hecha de piedra que representaba un rostro humano que emergía del cuerpo de una serpiente (Acosta 1956b:49). A partir de esta descripción, interpreto una referencia directa a la escultura monumental de la fase Tollan ya que su *coatepantli* presentaba el mismo tema. Stanton et al. (2008:235-236) identificaron depósitos similares asociados con nuevas construcciones y los interpretaron como rituales de animación en la región maya. Se utilizaron depósitos de objetos preciosos durante la conmemoración de muchos edificios en el centro de México, incluyendo el Templo Mayor de Tenochtitlán (López Austin y López Luján 2009).

Fuera de Tula Grande, la población de Tula creció durante el periodo Azteca Tardío. En contraste con la efímera ocupación del periodo Azteca Temprano en Tula, la población

del periodo Azteca Tardío (caracterizada por la cerámica Azteca III y IV tipo negro-sobrenaranjado) era substancial. En el momento de la conquista, la población del periodo Azteca Tardío en Tula probablemente contó con unas 20.000 personas (Diehl, 1983:166), incluidas las élites que hablaban náhuatl y los oradores otomíes (Ballesteros García 2003:128)⁸. Los resultados de mis propias investigaciones (véase la Tabla 1) apoyan a análisis previos basados en colecciones de superficie (p.ej., Healan 2012:97, Mastache y Crespo 1974:76-77) que indican que las ocupaciones del periodo Azteca Tardío en la región de Tula y en la propia Tula eran extensas—posiblemente más extensas que durante la fase Tollan—aunque la ciudad no era tan densamente poblada. Mi propia investigación (Iverson 2015) también coincide con un estudio (Healan 2012:97-98) que demostró que los edificios de la era azteca fueron casi invariablemente construidos dentro de las ruinas de la fase Tollan de Tula, incluso fuera de Tula Grande. A lo largo de Tula, los habitantes no crearon una nueva ciudad arrasando la vieja; en cambio, habitaban cómodamente su historia literalmente viviendo dentro de ella.

Esta última serie de intervenciones aztecas en Tula—la ceremonia del Fuego Nuevo, la reanimación de la Pirámide C y la fundación de una ciudad muy poblada—constituyó la expresión máxima de la versión mexicana de la narrativa de Tollan. En este tiempo, el Imperio azteca tenía la posesión casi completa de la historia, suficiente para instalar a sus propios líderes y reclamar plenamente (y repoblar) a la ciudad caída de sus antepasados. Habían arrebatado una historia oficial de su propia relación con los toltecas que era en parte un pasado pan-mesoamericano genuinamente compartido, en parte un conjunto de recuerdos y tradiciones históricas compartidas con otros grupos (como los tlaxcaltecas) y en parte una invención cuidadosamente moldeada en una tradición que glorificaba sus propios éxitos como imperio. Si su versión de la historia de Tollan era o no verdadera, su poder proporcionaba la aptitud de *hacerla* verdad matando ritualmente a Tula y luego haciéndola vivir nuevamente. Esta versión de los acontecimientos duraría más que el propio Imperio azteca, ya que los nobles aztecas supervivientes siguieron reivindicando a la ciudad tolteca como propia durante el periodo Colonial.

Las consecuencias coloniales del pasado tolteca

La conquista española del centro de México en 1521 d.C. alteró radicalmente (pero no destruyó por completo) la dominación azteca existente. Una nueva jerarquía de poder estaba en su lugar, y mientras la élite española se colocaba en la cima, los subórganos estaban abiertos a la negociación. Quizá lo más importante es que los españoles eran pocos y se vieron obligados a administrar (en un sentido religioso y político) un territorio enorme y densamente poblado. Esto solo fue posible mediante la apropiación de las estructuras de poder indígenas existentes (Gibson 1964).

La “leyenda negra” sobre el colonialismo español pinta una narrativa que presupone la completa destrucción del estilo de vida indígena (Restall 2003). Sin duda, el colonialismo español fue violento y tuvo consecuencias devastadoras para los pueblos

⁸ Extrapolando de la población urbana de finales del siglo XVI de 2364 habitantes (García y Víctor, 2003:128) en combinación con datos que muestran que las poblaciones indígenas del centro de México fueron diezadas por las enfermedades epidemiológicas (Cook y Borah 1971:80), estoy de acuerdo con la estimación de la población de Richard Diehl (1983:166) de alrededor de 20.000 personas durante el periodo Azteca Tardío en Tula (Iverson 2015).

indígenas. Sin embargo, también es importante recordar que el sistema español, particularmente en los primeros años de la Colonia, era profundamente dependiente de los sistemas mesoamericanos establecidos siglos (incluso milenios) antes. La conquista española, tal como lo contaron los conquistadores (p.ej., Díaz del Castillo 1963), revela la dependencia de estos conquistadores sobre las poblaciones que se esforzaron por conquistar. La conquista habría sido imposible sin la ayuda de los aliados tlaxcaltecas y la traductora indígena clave, Marina (Townsend 2006). De la misma manera, la posterior administración del imperio fue posible en parte porque muchas de las estructuras políticas precolombinas existentes fueron dejadas intactas (Gibson 1964). Por lo tanto, la colonización española requería negociaciones cuidadosas con miembros poderosos de la élite indígena, particularmente la nobleza azteca que sobrevivió a la conquista (Chipman 2005).

Tula durante la era colonial ofrece un importante estudio de caso de estos frágiles encuentros coloniales. Poco después de la conquista, Tula fue concedida en encomienda a Pedro Moctezuma, hijo del Moctezuma II, quien había reinado sobre la mayor parte del centro de México en el momento de la conquista (Chipman 2005:82). La encomienda fue un sistema español lucrativo pero frecuentemente brutal en el que una autoridad colonial recibiría tributo laboral de todas las tierras bajo su control. La mayoría de las encomiendas coloniales fueron distribuidas a los hombres que habían ayudado a Cortés durante la conquista; rara vez fue otorgada una encomienda a un indígena. Sin embargo, tres de los “herederos legítimos” de Moctezuma II, todos de la realeza azteca, recibieron encomiendas (Chipman 2005). Tula fue dada a Pedro Moctezuma porque su madre, una princesa tolteca, podía reclamar esa tierra (Chipman 2005:82).

Sin embargo, los dirigentes indígenas de Tula impugnaron la autoridad de Pedro Moctezuma con el argumento que su madre era ilegítima y, por lo tanto, ni ella ni su hijo tenían derecho a gobernar a Tula (Chipman 2005:84). Pedro inicialmente se mostró incapaz de defenderse de los líderes indígenas y se volvió cada vez más hacia las tradiciones de los conquistadores: fue de los primeros en convertirse al catolicismo, fue un “emperador en funciones” de Cortés y viajó a España para visitar personalmente a Carlos V, quien le otorgó un escudo de armas y un título de nobleza y ordenó la restauración de su herencia (Chipman 2005:85). Sin embargo, siguió dependiendo de las pretensiones de legitimidad dentro del sistema precolombino afirmando la legitimidad de su linaje tolteca, una estrategia que eventualmente fue exitosa: aseguró su encomienda y sus herederos la mantuvieron hasta el siglo XVII, mucho después de que varias otras encomiendas ya habían sido disueltas. El caso de la encomienda de Tula fue disputado en los tribunales de la Nueva España durante varias décadas, pero al final Pedro y sus herederos mantuvieron el control de la región a pesar de los juicios casi constantes (Chipman 2005:82-89).

El método astuto de Pedro para apelar a todas las reivindicaciones de legitimidad disponibles, sus conexiones a las dinastías toltecas y su rápida adopción de las costumbres legales, religiosas y reales españolas finalmente le ayudaron a triunfar sobre la oposición local indígena y española a su autoridad. De hecho, fue tan exitoso que algunos de sus herederos del siglo XVII residieron permanentemente en España como nobles, viviendo de los beneficios de su encomienda del Nuevo Mundo (Chipman 2005). Un miembro de la familia extendida de Moctezuma, esposo de la tercera condesa de Moctezuma, llegó incluso a ser virrey de la Nueva España, en cierto sentido “poniendo en marcha las conquistas coloniales” (Chipman 2005:147).

El narrativo oficial azteca sobre Tollan jamás fue silenciado, a pesar del

desplazamiento del poder durante el periodo Colonial. Las manifestaciones materiales de la historia en ese momento, los anales de la dinastía imperial y varios otros códices fueron utilizados dentro del nuevo sistema legal para legitimar las reivindicaciones a terrenos, proporcionando a su vez riqueza y estatus para las élites indígenas que sobrevivieron a la conquista. El título de nobleza, escudo de armas y tenencias de tierra de Pedro Moctezuma y sus herederos, además de los documentos legales que concedieron estos privilegios se encuentran entre los *efectos* más espectaculares de la historia de un único Tollan. Sin embargo, es importante señalar que lo que se impugnaba en la corte no era la reivindicación legítima de las élites a Tula en sí, sino más bien la legitimidad específica de Pedro con base en las reglas establecidas previamente dentro del sistema azteca; la verdad de la historia desde hace mucho ya fue concretada.

Discusión

En este artículo he apoyado una perspectiva de “múltiples Tollans” que postula una red de interacción político-religiosa de las élites de múltiples sitios característica del periodo Posclásico Temprano (Kristan-Graham y Kowalski, 2007; López Austin y López Luján 2000). El estudio de Stuart (2000) sobre la invasión de Teotihuacán a las ciudades mayas, los diversos documentos mayas sobre Tollan Ziuva y los datos arqueológicos y etnohistóricos de ciudades como Cholula (McCafferty 2000) refuerzan esta idea. Sin embargo, esa verdad hace muy poco para explicar las varias intervenciones durante los periodos Azteca Temprano y Tardío en Tula o el énfasis particular en Tula, Hidalgo, en los documentos. Así como la perspectiva de “múltiples Tollans” es inadecuada para una mirada cercana a Tula y la Cuenca de México, la perspectiva de un “único Tollan” es inadecuada para otras regiones o para un enfoque más amplio en el pasado mesoamericano. He adoptado una estrategia que se centra en la producción histórica (es decir, tanto la historia como la memoria) como un proceso, con énfasis en los efectos concretos más que en la verdad. En el caso de Tula, esta estrategia demuestra un Tollan cada vez más localizado y único. Una estrategia similar también podría ser utilizada para examinar diferentes potencias mesoamericanas regionales que competían por la legitimidad en otras regiones y épocas. En el caso Tula, la localización de Tollan aumentó en tándem con el poder mexica en la Cuenca de México. En otras áreas y tiempos, la localización o generalización de la idea de Tollan debía depender también de constelaciones locales, regionales y pan-mesoamericanas de poder.

En resumen, he argumentado que una perspectiva de “múltiples Tollans” no descarta la creación discursiva y material de un “único Tollan” en Tula. Tula (Tollan Xicocotitlan) era probablemente el Tollan histórico más importante *para los aztecas*, y reiteraron sus conexiones a esa ciudad utilizando estrategias múltiples mientras comenzaron su viaje para fundar su propia ciudad. A medida que los aztecas subieron al poder, Tula adquirió significación e importancia histórica más allá de su alcance original, lo cual era bastante modesto, convirtiéndose finalmente en una sinécdoque para el pasado más amplio del periodo Posclásico Temprano. Mientras tanto, Teotihuacán también conservó un importante estatus como el “Tollan primordial” o “el lugar donde nacen los dioses”. Esta perspectiva reconoce que la producción histórica azteca fue mítica y propagandística (Smith 2007), pero también creó efectos materiales concretos que pueden ser investigados a través de medios empíricos. Estos efectos indican que la narrativa de Tula como Tollan no

es un mito arqueológico, sino más bien el producto de una serie de discursos históricos cuya verdad siempre dependía del poder.

Elizabeth Boone (1999) ha argumentado que las múltiples versiones de la historia de la migración azteca se interpretan mejor como un rito de paso metafórico. Mi reinterpretación de los hallazgos de Jorge Acosta sugiere que este rito literalmente se realizó. La evidencia de las poblaciones tempranas de la Cuenca en Tula es demasiado efímera para sugerir una ocupación a largo plazo o un episodio conquistador seguido por una reutilización a largo plazo de la ciudad durante este periodo temprano. Sin embargo, la evidencia es más que suficiente para indicar un breve ritual de terminación destinado a desconsagrar la ciudad. He argumentado que este ritual era un paso necesario en el viaje de los mexicas hacia el desarrollo de su imperio, emprendido para que ellos pudieran comenzar su propio ascenso hacia el poder. Esta temprana intervención en Tula ilustra el poder que los mexicas atribuyeron a los toltecas de Tollan Xicocotitlán y las maneras en que su sentido de la historia estaba ligado al mundo material.

Sin embargo, incluso después de este breve periodo, la herencia tolteca continuó dominando el emergente mundo azteca. Los futuros aztecas enfatizaron estos vínculos a través de conexiones biológicas manipuladas con los toltecas, “reclutando” a sus gobernantes de la dinastía tolteca (Chipman 2005, Gillespie 1989). Las referencias al pasado tolteca continuaron en la forma de prendas reales (Anawalt 1990), la colección de antigüedades (Umberger 1987, Healan 2012:98; López Luján y López Austin 2009), la reproducción del plano de la ciudad tolteca en asentamientos aztecas en Morelos (Smith 2001) así como la réplica del arte y la arquitectura tolteca en el Templo Mayor (Molina Montes 1987:102). Que estas conexiones tuvieran que repetirse de tantas maneras, utilizando tantas estrategias materiales habla de la fragilidad de la narración misma. Después de todo, los mexicas eran forasteros en la Cuenca de México, reclamando por sí mismos una historia que pertenecía más apropiadamente a Mesoamérica en su conjunto.

Durante el periodo Azteca Tardío, una vez que Tenochtitlán se había establecido y aliado con algunos de sus vecinos (y después de haber derrotado a otros), la dinastía tolteca fue restablecida a través de los líderes de Culhuacán, quienes fueron entretejidos dentro de la dinastía de Tenochtitlán, y más tarde se integraron de nuevo en el linaje dominante de Tula. Acosta reportó evidencia de una ceremonia del Fuego Nuevo en Tula Grande compuesta de cerámica Azteca III, braseros y otros objetos rituales; he argumentado aquí que este evento coincidió con la “reanimación” de Tula en la celebración de su nueva fase como una ciudad azteca. Este periodo correspondía con las nuevas construcciones en el Edificio 3, el Edificio K y la Pirámide C; las ofrendas de cerámica Azteca III, cuentas de jade y otros objetos preciosos también podían haber “reanimado” la pirámide. Fuera de Tula Grande, la población de Tula creció a un estimado de 20.000 personas en el momento de la conquista. Al parecer, los residentes de la era azteca se enorgullecían de habitar los edificios de sus predecesores.

En la época colonial, los lazos de las élites aztecas con Tula no se rompieron; más bien, se reforzaron. Mediante el uso astuto de sus reivindicaciones ancestrales a Tula, además del sistema colonial español, Pedro Moctezuma fue capaz de conservar gran parte del poder social y económico del que su familia gozaba durante la época prehispánica. Las consecuencias de los procesos que él puso en marcha finalmente catapultarían a uno de sus herederos a los más altos alcances de la autoridad colonial, como esposa del virrey de Nueva España (Chipman 2005:147).

Las intervenciones en Tula durante el periodo Azteca y los primeros años de la

Colonia forman ciclos repetitivos ya que cada episodio histórico se basaba en el anterior para hacerse más grande y más elaborado. Veo estas repeticiones como ciclos de retroalimentación positiva: para cada episodio en el que los aztecas trataron a Tula como Tollan, se hizo más convincente ver a Tula como Tollan. La confluencia de Tula con Tollan por los aztecas no era una ficción histórica inventada en su totalidad; más bien, Tula formó parte real del pasado histórico mesoamericano que fue accesible a los aztecas en tiempo y espacio. A medida que el Imperio azteca crecía, también lo hizo la importancia de Tula. Tollan Xicocotitlán se convirtió en una piedra de toque histórico utilizada para hacerse patente el pasado y legitimar el presente.

La repetición fue una importante estrategia historiográfica mesoamericana. Se utilizó para vincular a la política moderna y el pasado reciente con el pasado primordial más profundo, el calendario y los dioses (Gillespie 1989). Sin embargo, la repetición histórica no era simplemente un ejercicio de creación de mitologías de élite; la naturaleza exagerada del énfasis que dieron los aztecas a los toltecas ilumina la manera en que el discurso histórico de las élites se configura por la necesidad de una reafirmación constante para mantener la narración. Incluso si tenemos poco conocimiento directo de las diferentes narrativas (los artefactos toltecas en Tlaxcala, por ejemplo), la constante reafirmación de las reivindicaciones aztecas al pasado tolteca es una prueba de la fragilidad y la inestabilidad de las pretensiones históricas prehispánicas de las élites. Que las más altas autoridades españolas accedieron a las afirmaciones de Moctezuma también indica la inestabilidad y penetrabilidad de los sistemas coloniales españoles.

Más ampliamente, este caso pone en duda la productividad de separar la memoria de la historia. He demostrado que los eruditos suelen caracterizar la historia como una afirmación a la verdad hecha por aquellos en el poder y la memoria como una afirmación a la verdad hecha por aquellos que no lo son. En el caso de Tula, el poder rara vez era absoluto; las reivindicaciones a Tula como un único Tollan tuvieron que ser ampliadas y repetidas en formas cada vez más elaboradas para contrarrestar otras narrativas (por ejemplo, la idea de múltiples Tollans o la idea que Tula no pertenecía exclusivamente a los tenochea mexicana). En estas circunstancias de poder cambiante, he encontrado la noción de producción histórica (abarcando tanto la memoria como la historia) para proporcionar un camino útil para examinar tanto los discursos que rodean la narrativa de Tollan como sus efectos.

Este método también provee un camino para que los arqueólogos en particular replanteen nuestro uso de la “memoria social”, un término problemático a largo plazo de la historia, especialmente en el caso de los grupos mesoamericanos cuyas fortunas subieron y bajaron rápidamente y con frecuencia. Por ejemplo, ¿la historia azteca sobre los toltecas—una historia que lleva todas las marcas de una historia oficial patrocinada por el Estado—se convierte en memoria después de la conquista española? ¿Las diversas reivindicaciones de las ciudades-estado competitivas a la historia de los toltecas se convierten en memoria después de la formación del Imperio azteca? Cuando los mexicas eran nómadas vagabundos, ¿eran sus reivindicaciones a Tollan una “memoria”? Es decir, ¿la historia de las élites se convierte en memoria una vez que ya no es la narrativa dominante, y la memoria se convierte en historia de élite una vez que lo es?

Los arqueólogos tienen pocos métodos para desentrañar estas preguntas, pero tenemos un acceso único a los efectos físicos de las reivindicaciones al pasado, que permiten reivindicaciones adicionales y apaciguan a otras. Concentrarse en los efectos de la producción histórica en el caso de Tula revela que las historias de los mexicas y del periodo

Colonial eran discursos inestables que requerían una afirmación constante, así como manifestaciones concretas geográficas, materiales y biológicas. A medida que se solidificaban, estos compromisos históricos tenían consecuencias materiales, económicas y políticas reales que perduraron mucho después de la caída del Imperio azteca. Los toltecas perduraron, pero su significado cambió con cada generación sucesiva.

Cumplimiento del estándar de ética de financiamiento

Financiamiento Esta investigación fue financiada en parte por una beca otorgada por la Fundación Nacional de Ciencias (NSF DDIG 1156359), una subvención por parte de la Peyton y Douglas Wright Memorial Fellowship y una beca de la Departamental Continuing Fellowship Award de la Universidad de Texas.

Conflicto de intereses El autor no declara ningún conflicto de intereses.



Figura 1. Sitios arqueológicos mencionados en el texto y una inserción que muestra la ubicación de Tula (Consejo de Catedráticos de la Universidad de Texas, 1975, adaptada por la autora. Imagen cortesía de las Bibliotecas de la Universidad de Texas, Universidad de Texas en Austin).

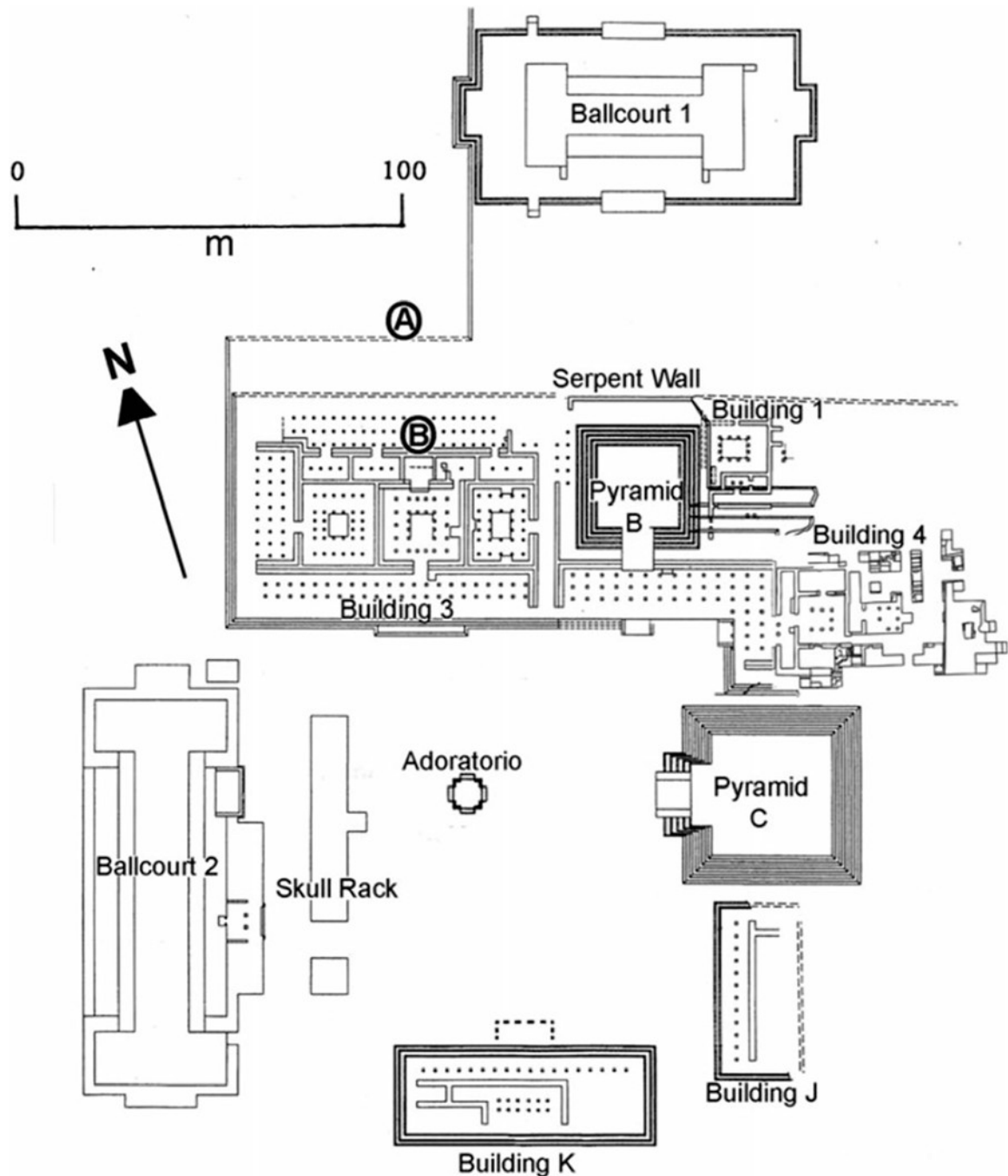


Figura 2. Tula Grande, el centro ceremonial de la ciudad durante la fase Tollan. Los edificios detallados se basan en las investigaciones más recientes en el recinto central. Los aztecas construyeron un altar en la esquina noroeste de la Pirámide C (Imagen de Healan 2012:61, Figura 7).

Tabla 1. Cronologías de Tula y la Cuenca de México. Adaptada de Healan (2012:Figura 4), y Mastache et al. (2002:Tabla 3.2).

Periodo	Fechas aproximadas (d.C.)	Tula/Región de Tula	Cuenca de México	Eventos en Tula
Colonial	1600	Tesoro	Azteca Tardío (Azteca III-IV)	Temprano a mitad del siglo XVI: Pedro Moctezuma pide y recibe una encomienda y escudo de armas de la Corona Española 1521: Las Fuerzas Armadas de España vencen a las Fuerzas Armadas del Imperio azteca
	1500			Azteca Tardío: Se festeja la ceremonia del Fuego Nuevo en Tula; está repoblada y crece hasta alcanzar una población de 20.000, su nobleza esta relacionada con los emperadores aztecas
Posclásico Tardío	1400	Palacio	Azteca Temprano (Azteca I-II)	Azteca Temprano: las estatuas y arquitectura en el centro ceremonial de Tula son destruidas ritualmente
Posclásico Medio	1300	Fuego	Tolteca Tardío (Mazapa)	
	1200			Tollan Terminal: Tula sufre despoblación y abandono
Posclásico Temprano	1100	Tollan Tardío	Tolteca Temprano	
	1000	Tollan Temprano		Fase Tollan: Tula es un poder regional importante con una población de 60.000 personas
Epiclásico Tardío	900	Corral Terminal		Terminal Corral: se establece el centro de la ciudad de Tula de la fase Tollan en Tula Grande

Tabla 2. Proporciones de cerámica azteca diagnóstica tipo negro-sobre-anaranjado recuperadas en las excavaciones de la autora en los sitios de la capilla abierta y la catedral en Tula, Hidalgo. La tabla es conservadora porque no incluye cerámica tipo negro-sobre-anaranjado que no fuera identificable o fragmentos misceláneos (como soportes). Los contextos de la excavación incluyeron varias etapas de rellenos de escombros del núcleo de la plataforma (excavado hasta una profundidad de 2.2 m) ubicada en la catedral y los componentes residenciales toltecas alterados durante la ocupación posterior de la era azteca ubicados en la capilla. La cantidad incluye cuerpos, bordes y (rara vez) fragmentos de base con una decoración identificable.

Tiestos diagnósticos	Cantidad	Proporción
----------------------	----------	------------

Azteca I	0	0.00%
Azteca II	8	1.33%
Azteca III	465	77.50%
Azteca IV	127	21.17%
TOTAL	600	100%



Figura 3. Foto de las excavaciones tempranas de Acosta mostrando evidencias de las primeras intervenciones durante la época azteca en el centro ceremonial de Tula, como esta decapitación y “entierro” de una escultura Atlante de la era tolteca. Foto cortesía de: www.latinamericanstudies.org/toltecs/



Figura 4. Nezahualpilli, gobernante de Texcoco, con la capa azul real. Reproducción cortesía de Wikimedia Commons:

<http://es.wikipedia.org/wiki/Nezahualpilli#mediaviewer/File:Nezahualpiltzintli.jpg>



Figura 5. Selecciones de artefactos aztecas de las excavaciones de Acosta. *Arriba a la izquierda:* brasero azteca con un motivo de “Tlaloc llorando” de la Pirámide C (Acosta 1956b:110 Lámina 52). *Arriba a la derecha:* cerámica y collares de jade y alabastro de la Pirámide C (Acosta 1956b:87, Láminas 34 y 35). *Abajo a la derecha:* brasero y cuauhxicalli (receptáculo para los corazones humanos sacrificados) del Palacio Quemado

(Acosta 1956b:76, Láminas 25 y 26). *Abajo a la izquierda*: Altar y brasero azteca de la Pirámide C (Acosta 1956b:109, Láminas 50 y 51). *Centro*: maqueta del Palacio Quemado (Acosta 1956b:73, Lámina 24).

REFERENCES

- Acosta, J. R. (1940). Exploraciones en Tula, Hgo., 1940. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, IV(2), 172–194.
- Acosta, J. R. (1941). Los últimos descubrimientos arqueológicos en Tula, Hgo. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 5(2–3), 239–243.
- Acosta, J. R. (1942). La tercera temporada de exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo, 1942. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 6(3), 125–157.
- Acosta, J. R. (1945). La cuarta y quinta temporadas de exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo. 1943-1944. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 7(1–3), 23–64.
- Acosta, J. R. (1956a). El enigma de los chac moolos de Tula. *Estudios Antropológicos Publicados En Homenaje Al Doctor Manuel Gamio*, 159–170.
- Acosta, J. R. (1956b). Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950. *Anales Del Instituto Nacional de Antropología E Historia*, 6(8), 37–115.
- Acosta, J. R. (1957). Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., durante las IX y X temporadas, 1953-1954. *Anales Del Instituto Nacional de Antropología E Historia*, 6, 119–169.
- Aguilera, C. (1997). Of Royal Mantles and Blue Turquoise: The Meaning of the Mexica Emperor's Mantle. *Latin American Antiquity*, 8(1), 3–19.
- Alexander, J. C., Eyerman, R., Giesen, B., Smelser, N. J., & Sztompka, P. (2004). *Cultural trauma and collective identity*. Berkeley: Univ of California Press.
- Anawalt, P. R. (1990). The Emperors' Cloak: Aztec Pomp, Toltec Circumstances. *American Antiquity*, 55(2), 291–307.
- Ballesteros García, V. (2003). San José de Tula: Enclave Franciscano en la Ciudad de Quetzalcoatl. In L. E. Sotelo Santos (Ed.), *Tula: Más Allá de La Zona Arqueológica* (pp. 127–135). Pachuca: UAEH.
- Berdan, F. F. (2014). *Aztec archaeology and ethnohistory*. New York: Cambridge University Press.
- Board of Regents, University of Texas. (1975). *Noted Archaeological Sites*. Austin: University of Texas. Retrieved from http://www.lib.utexas.edu/maps/atlas_mexico/noted_archeological_sites.jpg. Accessed 19 February 2017.
- Boone, E. H. (1999). Migration histories as ritual performance. In D. Carrasco (Ed.), *To change place: Aztec ceremonial landscapes* (pp. 121–51). Boulder: University Press of Colorado.
- Boone, E. H. (2000). Venerable place of beginnings: The Aztec understanding of Teotihuacan. In D. Carrasco, L. Jones, & S. Sessions (Eds.), *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs* (pp. 371–95). Boulder: University Press of Colorado.
- Brinton, D. G. (1969). *Ancient Nahuatl poetry: containing the Nahuatl text of XXVII ancient Mexican poems*. New York: AMS Press.
- Brumfiel, E. M. (2005). Ceramic Technology at Xaltocan. In E. M. Brumfiel (Ed.),

- Production and power at postclassic Xaltocan / La producción y el poder en el Xaltocan posclasico* (pp. 117–152). Mexico, D.F.; Pittsburgh: Instituto Nacional de Antropología e Historia; University of Pittsburgh.
- Carrasco, D. (1982). *Quetzalcoatl and the Irony of Empire: Myths and Prophecies in the Aztec Tradition*, Revised Edition. Chicago: University of Chicago Press.
- Carrasco, P. (1997). Indian-Spanish Marriages in the First Century of the Colony. In S. Schroeder, S. Wood, & R. Haskett (Eds.), *Indian women of early Mexico* (pp. 87–103). Norman: University of Oklahoma Press.
- Chipman, D. E. (2005). *Moctezuma's Children: Aztec Royalty Under Spanish Rule, 1520–1700*. Austin: University of Texas Press.
- Clendinnen, I. (1991). *Aztecs: an interpretation*. New York: Cambridge University Press.
- Cobean, R. H., Jiménez García, E., & Mastache, A. G. (2012). *Tula*. Mexico, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cook, S. F., & Borah, W. W. (1971). *Essays in population history: Mexico and the Caribbean* (vol 1). Berkeley: University of California Press.
- Davies, N. (1977). *The Toltecs: until the fall of Tula*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Davies, N. (1980). *The Aztecs, a history* [electronic resource]. Boulder: NetLibrary, Inc.
- Davies, N. (1987). *The Aztec empire: the Toltec resurgence*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Díaz del Castillo, B. (1963). *The Conquest of New Spain*. (J. Cohen, Trans.). New York: Penguin Books.
- Diehl, R. A. (1983). *Tula: the Toltec capital of ancient Mexico*. London: Thames and Hudson.
- Durán, F. D. (1971). Book of the gods and rites and the ancient calendar. In F. Horcasitas & D. Heyden (Eds.), Norman: University of Oklahoma Press.
- Elson, C. M., & Smith, M. E. (2001). Archaeological deposits from the Aztec new fire ceremony. *Ancient Mesoamerica*, 12(2), 157–174.
- Fash, W. L., Tokovinine, A., & Fash, B. W. (2009). The House of New Fire at Teotihuacan and its legacy in Mesoamerica. In W. L. Fash & L. López Luján (Eds.), *The art of urbanism: how Mesoamerican kingdoms represented themselves in architecture and imagery* (pp. 201–229). Cambridge: Harvard University Press.
- Figueroa Silva, J. (1994). Excavación de la Estructura K, Frente Oeste. In R. H. Cobean (Ed.), *Proyecto: Mantenimiento, Conservación, y Estudio de la Zona Arqueológica de Tula, Hidalgo*, Vol. 2 (Informe) (pp. 1–39). Pachuca: INAH.
- Foucault, M. (1994). Power. In J. D. Faubion, R. Hurley (Eds.), Trans. New York: New Press.
- Gibson, C. (1964). *The Aztecs Under Spanish Rule: A History of the Indians of the Valley of Mexico* (pp. 1519-1810). Stanford, California: Stanford University Press.
- Gillespie, S. D. (1989). *The Aztec kings: the construction of rulership in Mexica history*. Tucson: University of Arizona Press.
- Healan, D. M. (2012). The Archaeology of Tula, Hidalgo, Mexico. *Journal of Archaeological Research*, 20(1), 53–115.
- Healan, D. M., & Stoutamire, J. W. (1989). Surface Survey of the Tula Urban Zone. In D. M. Healan (Ed.), *Tula of the Toltecs: excavations and survey* (pp. 203–238). Iowa City: University of Iowa Press.
- Hobsbawm, E. J., & Ranger, T. O. (1983). *The invention of tradition*. New York:

- Cambridge University Press Cambridge.
- Iverson, S. D. (2015). *The material culture of religion and ritual: an investigation of social change in the Aztec-to-colonial transition at Tula Hidalgo*. Austin, TX: Unpublished doctoral dissertation, University of Texas at Austin.
- Jiménez Moreno, W. (1941). Tula y los toltecas según las fuentes históricas. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, 5(2–3), 79–83.
- Joyce, R. A. (2003). Concrete memories: Fragments of the past in the Classic Maya present (500–1000 AD). In R. Van Dyke & S. Alcock (Eds.), *Archaeologies of Memory* (pp. 104–125). Malden: Wiley.
- Kirchhoff, P., Güemes, L. O., & García, L. R. (1989). *Historia tolteca-chichimeca* (2nd ed.). Mexico, D.F. and Puebla: CIESAS, Fondo de Cultura Económica, y el Estado de Puebla.
- Kowalski, J. K., & Kristan-Graham, C. (2007). *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the epiclassic to early postclassic Mesoamerican world*. Washington, DC: Dumbarton Oaks.
- Kristan-Graham, C., & Kowalski, J. K. (2007). Chichén Itzá, Tula and Tollan: changing perspectives on a recurring problem in Mesoamerican archaeology and art history. In J. K. Kowalski & C. Kristan-Graham (Eds.), *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World* (pp. 13–84).
- Lavabre, M.-C. (2008). Historiography and Memory. In A. Tucker (Ed.), *A Companion to the Philosophy of History and Historiography* (pp. 362–370). Malden: Wiley-Blackwell.
- López Luján, L. (2006). *La Casa de las Águilas. Un Ejemplo de la Arquitectura Religiosa de Tenochtitlan*. Mexico, D.F.: FCE/INAH.
- López Austin, A., & López Luján, L. (2000). The Myth and Reality of Zuyuá: The Feathered Serpent and Mesoamerican Transformations from the Classic to the Postclassic. In D. Carrasco, L. Jones, & S. Sessions (Eds.), *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs* (pp. 21–84). Boulder: University Press of Colorado.
- López Austin, A., & López Luján, L. (2009). *Monte sagrado-templo mayor*. Mexico, D.F.: INAH.
- López Luján, L., & López Austin, A. L. (2009). The Mexica in Tula and Tula in Mexico-Tenochtitlan. In W. F. Fash & L. López Luján (Eds.), *The Art of Urbanism: How Mesoamerican Kingdoms Represented Themselves in Architecture and Imagery* (p. 384–422). Cambridge: Harvard University Press.
- Mastache, A. G., & Crespo Oviedo, A. M. (1974). La ocupación prehispánica en el área de Tula, Hidalgo. In E. Matos Moctezuma (Ed.), *Proyecto Tula, primera parte* (pp. 74–103). Mexico City: INAH.
- Mastache, A. G., Cobean, R. H., & Healan, D. (2002). *Ancient Tollan: Tula and the Toltec Heartland*. Boulder: University Press of Colorado, Boulder.
- McCafferty, G. E. (2000). Tollan Cholollan and the Legacy of Legitimacy during the Classic—Postclassic Transition. In D. Carrasco, L. Jones, & S. Sessions (Eds.), *Mesoamerica's Classic Heritage* (pp. 341–367). Boulder: University Press of Colorado.
- McCafferty, G. G. (2007). So what else is new? A Cholula-centric perspective on lowland/highland interaction during the Classic/Postclassic transition. In J. K. Kowalski & C. Kristan-Graham (Eds.), *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the*

- Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World* (pp. 449–79). Washington, DC: Dumbarton Oaks.
- Minc, L. D. (1994). *Political economy and market economy under Aztec rule: a regional perspective based on decorated ceramic production and distribution systems in the Valley of Mexico*. Ann Arbor, MI: Doctoral Dissertation, University of Michigan.
- Minc, L. D. (2017). Pottery and the Potter's craft in the Aztec Heartland. In D. L. Nichols & E. Rodríguez-Alegría (Eds.), *The Oxford Handbook of the Aztecs* (pp. 355–374). New York: Oxford University Press.
- Molina Montes, A. F. (1987). Templo Mayor architecture: So what's new? In E. H. Boone (Ed.), *The Aztec Templo Mayor* (pp. 97–107). Washington, DC: Dumbarton Oaks.
- Motolinía, T. de. (1985). *Historia de los indios de la Nueva España*. (G. Baudot, Ed.). Madrid: Editorial Castalia.
- Nichols, D. L., & Rodríguez-Alegría, E. (2017). Aztec Studies: Trends and Themes. In D. L. Nichols & E. Rodríguez-Alegría (Eds.), *The Oxford Handbook of the Aztecs* (pp. 1–17). New York: Oxford University Press.
- Nicholson, H. B. (2001). *Topiltzin Quetzalcoatl: The Once and Future Lord of the Toltecs*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Nora, P. (1989). Between memory and history: Les lieux de mémoire. *Representations* (26), 7–24.
- Olick, J. K., & Robbins, J. (1998). Social memory studies: From “collective memory” to the historical sociology of mnemonic practices. *Annual Review of Sociology*, 24(1), 105–140.
- Olko, J. (2005). *Turquoise Diadems and Staffs of the Office: Elite Costume and Insignia of Power in Aztec and Early Colonial Mexico*. Warsaw: Polish Society for Latin American Studies and Centre
- Parsons, J. R. (1966). *The Aztec Ceramic Sequence in the Teotihuacan Valley*. Mexico: University of Michigan.
- Parsons, J. R., Brumfiel, E., & Hodge, M. (1996). Developmental implications of earlier dates for early Aztec in the Basin of Mexico. *Ancient Mesoamerica*, 7(2), 217–230.
- Pasztory, E. (1997). *Teotihuacan: an experiment in living*. Norman: University of Oklahoma Press.
- Pool, C., & Laughlin, M. (2017). Creating memory and negotiating power in the Olmec Heartland. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 24(1). doi:10.1007/s10816-017-9319-1.
- Restall, M. (2003). A history of the new philology and the new philology in history. *Latin American Research Review*, 38(1), 113–134.
- Ricard, R. (1966). *The spiritual conquest of Mexico* (translated by Leslie Byrd Simpson). Berkeley & Los Angeles: University of California Press.
- Sahagún, B., de Anderson, A. J. O., & Dibble, C. E. (1961). *Florentine codex book 10: the people (Florentine codex; a general history of the things of New Spain)* (2nd revised ed.). Santa Fe, N.M. Salt Lake City: University of Utah Press.
- Samuel, R. (1994). *Theatres of Memory: Volume One: Past and Present in Contemporary Culture*. New York: Verso.
- Smith, M. E. (1990). Long-distance trade under the Aztec empire: The archaeological evidence. *Ancient Mesoamerica*, 1(2), 153–169.
- Smith, M. E. (2007). Tula and Chichén Itzá: Are we Asking the Right Questions? In J. K. Kowalski & C. Kristan-Graham (Eds.), *Twin Tollans: Chichén Itzá, Tula, and the*

- epiclassic to early postclassic Mesoamerican world* (pp. 579–617). Washington, DC: Dumbarton Oaks.
- Smith, M. E. (2008). *Aztec city-state capitals*. Gainesville: University Press of Florida.
- Stanton, T., Brown, K., & Pagliaro, J. (2008). "Garbage of the gods? Squatters, refuse disposal, and termination rituals among the Ancient Maya." *Latin American Antiquity*, 19(3), 227–247.
- Sterpone, O. J. (2009). The Burnt Palace of Tula: A Stratigraphic Evaluation. *Dimensión Antropológica*. *Dimensión Antropológica*, 18. Retrieved from <http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/?p=1151>. Accessed 16 February 2017.
- Stross, B. (1998). Seven ingredients in Mesoamerican ensoulment: dedication and termination in Tenejapa. In S. Mock (Ed.), *The sowing and the dawning: Termination, dedication, and transformation in the archaeological and ethnographic record of Mesoamerica* (pp. 31–9). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Stuart, D. (2000). The arrival of strangers: Teotihuacan and Tollan in Classic Maya history. In D. Carrasco, L. Jones, & S. Sessions (Eds.), *Mesoamerica's Classic Heritage* (pp. 465–513). Boulder: University Press of Colorado.
- Tena, R. (2011). *Anales de Cuauhtitlan: paleografía y traducción*. Mexico, D.F.: Consejo nacional para la Cultura y las Artes.
- Townsend, C. (2006). *Malintzin's choices: An Indian woman in the conquest of Mexico*. Albuquerque: UNM Press.
- Trouillot, M.-R. (1995). *Silencing the past: Power and the production of history*. Boston: Beacon Press.
- Umberger, E. (1987). *Antiques, revivals, and references to the past in Aztec art*. *RES: Anthropology and Aesthetics*, (13), 62–105.
- Van Dyke, R. M., & Alcock, S. E. (2003). Archaeologies of Memory: An Introduction. In R. Van Dyke & S. E. Alcock (Eds.), *Archaeologies of memory*. Malden: Wiley.